

18-8-81

EDITADO POR
PRENSA ESPAÑOLA,
SOCIEDAD ANONIMA
M A D R I D

ABC

REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES:
SERRANO, 61 - MADRID

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC es independiente en su línea de pensamiento y no acepta necesariamente como suyas las ideas vertidas en los artículos firmados

ARTHUR Miller ha vuelto a Broadway. Ha reestrenado «El precio» con gran éxito. El autor que fue centro de atención en muchas ciudades del mundo pisa de nuevo las tablas de los escenarios neoyorquinos. Recuerdo, allá por los años cincuenta, que tuve mi primer encuentro con Arthur Miller en el teatro Sarah Bernard de París. Representaba Simone Signoret la versión francesa de «The Crucible». La expectación en torno a la obra y a los intérpretes era grande. Simone Signoret había estado en un campo de concentración. A la actriz se le veía el gesto duro, la cara curtida como una campesina. A pesar de su dureza, desprendía ternura. Una ternura profunda. Recuerdo que al final del drama, ante los insistentes aplausos, la actriz se hincaba de rodillas y el público unánimemente se ponía en pie. Habíamos visto pasar ante nuestros ojos, en una acción del pasado, toda la peripecia de la caza de brujas del maccarthysmo. Los franceses parecían recordar la historia de su resistencia y Simone Signoret les legaba todo el dolor de la prisionera del campo de concentración, uniendo a su propia persona la historia del personaje que interpretaba. Por eso era doblemente interesante ver en este drama la interpretación de Simone Signoret: el personaje parecía unirse a los sufrimientos acaecidos en el campo de concentración. No cabía duda: Arthur Miller era y es un dramaturgo universal. Sus principales dramas son fiel reflejo de la Humanidad contemporánea. ¿Qué es hoy de Arthur Miller? Reestrena, pero no estrena.

Lo que es hoy de Arthur Miller, así como su historia, lo podemos encontrar en un artículo esplendoroso publicado en «Saturday Review». Lo firma el crítico norteamericano Martín Gottfried. Dice que Miller está agotado; que desde veinte años antes de escribir «The Price», había perdido su potencia creadora; que «After the Fall» —conocida en su versión española con el título «Después de la caída»—, obra escrita después de la muerte de Marilyn Monroe, mujer, como se sabe, de Miller, acusada de sensacionalismo y mal gusto, era una versión injusta de los hechos matrimoniales Miller-Marilyn, y dice más: que su última obra —no drama, sino comedia— fue su primer fracaso a la edad de sesenta y cinco años, porque ansioso el dramaturgo de aplausos, escribió su primera comedia, con afán de hacer reír al público y sugerida por el personaje del judío Salomón, anciano que en «El precio» viene a evaluar los muebles de la casa donde se realiza la acción de esta obra.

A mí, todos estos reproches me traen una gran visión de la vida de uno de los más grandes dramaturgos de nuestro tiempo, y dichos como están dichos me hacen pensar en la torturada vida de un hombre que lucha, pensamiento que me conduce casi a la compasión por Arthur Miller y a la de casi todos los dramaturgos que dieron sus mejores obras al comienzo y en plena juventud, negándoles el destino a seguir dando estas obras, para tenerse que refugiar en la soledad de sus días. Ya no existe Marilyn. El escritor está sin familia y

ARTHUR MILLER

sin obras, metido en su casita de campo, esperando no se bien qué. La fotografía que acompaña al artículo nos muestra un Arthur Miller a los sesenta y cinco años de vida. La ancianidad se le acusa temprana. En la fotografía se ve al autor leyendo, y todo lo que se observa a su alrededor nos habla de soledad, uno de los más terribles males del ser humano. Y en este caso peor: tuvo Arthur Miller la gloria, su mujer, su hogar, y todo se le fue. ¡Qué tremendo despertar el de algunos seres humanos! Me recuerda Miller a tantos y tantos viejecitos —él aún no lo es— que viviendo solos en sus apartamentos, o en sus casas de campo rodeadas de un pequeño jardín, viven al amparo de sus recuerdos o del televisor. Así hay miles y miles de personas que en Norteamérica pasan la última parte de su vida, y con estos recuerdos me llega la ingratitud de ese mundo neoyorquino tan vivo, que arrastra y consume la vida de cualquier ser humano, como William Loma, el héroe de «La muerte de un viajante», primer gran éxito de Miller. No obstante, el artículo nos trae grandes esperanzas, recuerdos gloriosos, fe en el futuro, amor a la vida y, lo que es mejor, espera del crítico, todavía en el milagro de una primavera en el autor. Qué confortable se siente el lector al saber que Arthur Miller fue y sigue siendo, tan sólo con tres obras claves, la conciencia moral del pueblo estadounidense. ¿Se puede tener mayor gloria? En el análisis de esta conciencia moral de un pueblo me detuve mucho y sentí una felicidad interior que agradezco a Martín Gottfried. He querido analizar el porqué. ¿Cómo y quiénes son los héroes de estas tres obras gigantes que exponen con la mayor responsabilidad la moral de todo un pueblo? ¿Es acaso esta conciencia moral lo que le da gloria a la trayectoria dramática de un autor? Los héroes a que me refiero son aquellos que, por luchar con la mayor honradez, va marginando la sociedad, no teniendo más remedio que acusar nosotros a esta sociedad. Son héroes-víctimas. Estos héroes-víctimas han influido en casi toda la actual tragedia europea y, especialmente, en la española. El autor español

debe mucho a estos pequeños seres, trágicos, antihéroes y humildes que repre-

sentan el drama colectivo y que, por lo tanto, encarnan la sociedad de su tiempo.

El teatro español de hoy que más se valora es un teatro de víctimas, de pequeños seres que va destruyendo la sociedad. Recordemos las obras de Antonio Buero, Lauro Olmo, Alfonso Sastre, Rodríguez Méndez, Rodríguez Buded, Carlos Muñiz y tantos otros. Por eso Arthur Miller fue grande —y lo es—. Este creo que es el mayor secreto del teatro, o mejor, del dramaturgo que ha quedado en la Historia: el saber recoger una manera de ser del hombre, que pertenece a todos. William Loma, el pobre viajante, lucha por tener una casa, un hogar y se pasa la vida sin conseguirlo. Cuando cree que lo va a tener todo se le ha ido. Hasta los rascacielos cercanos a su humilde casa le han quitado el sol a su jardín. El irse todo de nuestra vida es una semilla-raíz del alma humana, que juega con la vida de todos los seres del mundo; por eso estas obras serán siempre universales. El que vaya a trabajar a Nueva York un pobre emigrante —como en el caso de «Panorama sobre el puente»— y esté mucho tiempo trabajando y fuera de la ley porque no tiene los papeles en regla, hasta llegar a la catástrofe que origina la familia con quien vive, es otro tema universal; así como «The Crucible» (obra titulada «Las brujas de Salem», en su versión española), donde una historia del pasado representa un presente cuya raíz esencial es la famosa «caza de brujas» o detenciones de presuntos comunistas en las depuraciones llevadas a cabo por el famoso MacCarthy, es otra forma ilegal de tratar al ser humano; forma que en la colectividad estaba latente y ante la que esta colectividad no tuvo más remedio que rebelarse; rebelión que se tradujo en amor por su dramaturgo, cuando la obra de éste apareció en los escenarios. Si investigamos en sociedades y en obras que han quedado en la Historia siempre nos encontraremos, como es bien sabido, con esta semilla-raíz eterna.

Martín Gottfried se alegra de la reposición de «El precio» y de que la gente siga yendo al teatro en busca del autor, que tanto sabe de la conciencia moral de un pueblo. No olvidan al dramaturgo ni su pueblo ni la crítica, sobre todo cuando ésta crítica es pura, sana, sabiendo muy bien que para criticar hay que hacerlo con verdadero cariño. Ojalá en la mayor parte de la crítica española existiera esta clase de amor que tanto bien hace al que sepa leer con curiosidad y buenas intenciones todo lo que ha salido de una pluma con esa conciencia moral que decíamos y que nos hace pensar. La crítica de Martín Gottfried termina así: «Nuestros escenarios no han tenido líderes morales desde que él estuvo en la cumbre. Ningún teatro puede permitirse el lujo de perder a un Arthur Miller.» Y yo sigo pensando en esa colectividad humana, y en las raíces de la misma, creyendo que mientras no exista conciencia moral en el hombre no podremos hacer nada que nos ayude a vivir.

José MARTÍN RECUERDA

ABC
EDICION INTERNACIONAL

Un medio publicitario único para transmisión de mensajes comerciales a ochenta y nueve países